



VISTA RESTAURADA DE UNA PLAZA DE POMPEYA.

Todo lo que se refiere á los pueblos de la antigüedad que obedeciendo á leyes eternas han perecido para dejar lugar á otros nuevos tiene un interés extraordinario porque revela usos y costumbres tan distintos de las de nuestra época. ¿Que suerte espera á su vez á nuestra sociedad moderna que se muestra tan orgullosa? Tal vez llegará día en que un dibujante curioso se halle en el caso de volver á la vida con su lápiz esos monumentos en torno de los cuales se apiña hoy la multitud, y que entonces se hallarán reducidos á un montón de ruinas.

Paris, Londres, Viena, Madrid no serán mas que antigüedades misteriosas en las cuales buscarán nuestros descendientes los secretos de una civilización pasada. Triste condicion de la marcha de la humanidad, cuyos intereses cambian tan facilmente y cuyas obras mas admirables solo llegan al fin á ser ruinas ilustres!

¿Pero qué importa esto si el mundo sigue la marcha que tiene trazada, si cada uno de esos campamentos de la raza humana, marca un progreso en la marcha general, y si los restos de las civilizaciones

obstruidas nos inspiran mas sentimiento por la pérdida de lo pasado que esperamos por el porvenir!

El grabado que hoy ofrecemos es la restauración de una plaza de Pompeya hecha por un pintor con arreglo á los descubrimientos que dan á conocer lo que sera aquel sitio público en toda su integridad. Fijando la atención en el grabado lo que mas sorprende es la profusion de obras de arte: ninguna ciudad moderna de clase análoga á la de Pompeya podría presentar un espectáculo semejante. Este es uno de los mas notables caracteres que diferencian á las dos épocas. En la antigüedad la vida pública tenia una importancia que se revelaba por la muchedumbre de los monumentos públicos: la ornamentación era el lujo de un gran pueblo, ella patentizaba en aquellos tiempos su poder, su prosperidad y sus luces. Ahora las preocupaciones han decaído, la vida individual ha tomado mas importancia, el bienestar de las personas ha llegado á ser el negocio principal. Las mejoras públicas han tenido por mira la utilidad mas que el lujo; antes que de adornar las plazas se cuida de dar los establecimientos necesarios para la salubridad y la comodidad de los habitantes.

Este cambio en la vida de las poblaciones, añade nuevos atractivos á los descubrimientos que se hacen de objetos de la antigüedad, en los cuales podrán estudiarse las costumbres de tiempos remotos, y hacen por consiguiente mas curiosa la vista restaurada de la plaza de Pompeya que presentamos á nuestros lectores.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

(Conclusión.)

IV.

Y aqui es preciso que entremos en algunos pormenores de la historia general.

Las disensiones civiles, dice un moderno historiador, agitaban sin cesar los dominios del rey godo Leovigildo, partidario de Arrio, mientras que los habitantes de la Vizcaya y de Leon, apoyados por los suevos que dominaban una gran parte de la Galicia y del Portugal, resistían con el empeño y obstinacion que mostrara siempre el ortodoxo pueblo español, el prestar obediencia y sumisión á un arriano. Mir, rey de los suevos, convertido recientemente al catolicismo, no se atrevia á dar abierto y franco auxilio á los católicos sublevados, demanera que Leovigildo, cayendo de improviso sobre aquellos pueblos disidentes, les redujo pronto á la obediencia. Empero, á pesar de sus victorias, las facciones se sucedían sin cesar. A fin, pues, de dominar mejor á los insurrectos y asegurar su combatido trono, se asoció á sus dos hijos, Hermenegildo, nombre compuesto de *Herz*, ejército; *man*, hombre; y *gild*, plata ó moneda; y Recaredo, de *Reiza* ó *Rulze*, venganza; y *rada*, palabra.

Leovigildo fué el primer rey godo que estableció un impuesto ó contribucion directa sobre sus pueblos para subvenir á los gastos que le ocasionaban las guerras incessantes que tenia que sostener, no bastando para ello el botín y fruto de sus victorias. Esta medida originó gran descontento, que unido á las opiniones religiosas, armaron al hijo contra el padre, mas en provecho ciertamente de la religion misma que del personal interés.

Era el príncipe Hermenegildo hijo primogénito del rey, nacido, así como Recaredo su hermano, del primer matrimonio con Teodosia, hija del gobernador bizantino de la provincia cartaginesa. Hermenegildo se habia casado por los años 576 con Yugunda, hija de Sigiberto y de Brunegilda, reyes de los francos. El príncipe godo educado por una madre católica, habia recibido de ella las primeras nociones de la fé, miraba mas santa á sus ojos por hallarse por aquellos tiempos perseguido. El arrianismo imperaba entonces en la corte de Toledo con Gotsvinto, segunda mujer de Leovigildo, y ósea instrumento de los sacerdotes de su secta. La esposa de Hermenegildo, fervorosa católica, sufría sin tregua ni descanso las invectivas y persecuciones de su suegra que trabajaba sin cesar para hacerla abjurar los principios y pureza de su fé. Tales violencias, lejos de apotar sus sufrimientos, conquistaron enteramente la voluntad y conviccion de Hermenegildo, el cual catequizado é instruido por el obispo de Sevilla san Leandro, se declaró el apoyo y protector de los católicos oprimidos.

Leovigildo, para cortar de raíz los continuos disgustos de su familia, juzgó por mas prudente el medio de alejar á los jóvenes esposos dándoles el gobierno de una parte de Andalucía (1). Empero, echada por el rey su conversion, les llamó de nuevo para conferenciar sobre

negocios del Estado, porque á mas de la pública confesion de su fé, se habia hecho creer á Leovigildo que su hijo se hallaba en relaciones secretas con los griegos del litoral africano y el resto de los católicos de toda la península.

Inocente ó culpable, Hermenegildo no quiso obedecer. Aprestóse su padre á marchar contra él; empero la poblacion católica se alzó en su defensa, y este príncipe forzado á rebelarse para su propia conservacion, se unió con los oriegos, enviando á Constantinopla á su apoyo y consejero San Leandro, para que el emperador confirmase aquella alianza. Mir, rey de los suevos, y como él tambien católico, le ofreció al propio tiempo su auxilio y cooperacion.

La posicion de Leovigildo era escabrosa. Indiferente como la mayor parte de los reyes godos á las querrelas religiosas, veia formarse á los católicos un partido político con el objeto de destruirle, partido valiente y tenaz, fuerte por la conviccion, la sumision y el deseo de entenderse. Veia á su propio hijo primogénito puesto á la cabeza de este mismo partido, pudiendo de un momento á otro reunir bajo sus banderas la mayoría de los habitantes de sus dominios, declarándose el gefe de sus enemigos del interior y aliado de los del exterior. Los griegos, viéndose apoyados en la península, se disponian en nombre de Hermenegildo á ocupar las provincias mas ricas de España: los suevos se apresaban á sacudir el yugo que pesaba sobre sus hombros, y estendese tambien; y por su parte los reyes francos ambicionaban el encontrar el mas frivolo pretexto para apoderarse de la Gallia narbonense, objeto de sus mas constantes deseos.

Antes de recurrir á las armas, trató Leovigildo de separar del partido de su hijo, obediéndoles grandes promesas, á todos aquellos á quienes el miedo ó el interés pudiera hacer abrazar el arrianismo. Dispuesto luego ya á marchar hacia el meridiano, donde los rebeldes, apoyados por los griegos, se preparaban á resistirle, quiso antes sujetar á los insurrectos del país vasco, ocupando segun nos dice el ya citado Juan de Bictar, una buena parte de aquel pais, y fundando en prueba de su triunfo una ciudad á quien puso el nombre de *Victoriacum* (Vitoria).

El rey godo marchó en seguida contra *Hispalis* (Sevilla), donde su hijo se habia fortificado (2). Apoderose desde luego de Mérida, ocupada por los rebeldes; empero sorprendido en su marcha victoriosa por la noticia que los reyes francos Chilperico y Childerberto habian invadido la Gallia gótica, y que los suevos se dirigian al mismo tiempo contra él, trató de conjurar la tempestad que le amenazaba pidiendo á Chilperico la mano de su hija Riguntha para su hijo Recaredo. Durante estas negociaciones, dirigidas sobre todo á dividir los reyes francos, Leovigildo sitió á *Hispalis* circunvalandola para rendirla por hambre, al mismo tiempo que repelia los asaltos, variando á la vez el curso del Guadalquivir para lograr, si ser o pudiera, su objeto con el primer medio. Mir, rey de los suevos, á fin de libertar á Hermenegildo intentó, aunque en vano, el dar un ataque al rey godo; empero Leovigildo dispuso sus tropas de manera cercándole con su ejército, que le fué imposible combatir, exigiendo de su rebelde feudatario un nuevo juramento de fidelidad que no tuvo tiempo de quebrantar, pues falleció poco tiempo despues en Galicia.

Leovigildo, para asegurar mejor la rendicion de *Hispalis*, reconstruyó las murallas de la antigua *Italica*, como para amenazar á la ciudad inermecita con un sitio sin fin. Esta medida acabó por desesperar á los sitiados; y como sus fuerzas se hallasen asaz enflaquecidas por los continuados ataques, un último y vigoroso asalto hizo caer la ciudad en poder de las tropas del rey godo. Hermenegildo se refugió en Córdoba, cuya ciudad se entregó muy pronto al vencedor mediante treinta mil monedas romanas de plata. El desgraciado príncipe se habia, por último, refugiado en una iglesia; mas como Leovigildo no se atreviese á profanarla, le envió á su otro hijo Recaredo, prometiéndole el perdón si se presentaba. Seducido con estas promesas, salió de su asilo; mas no por eso el irritado padre dejó de arrancarle las régias vestiduras, y privándole de sus criados y amigos, enviarle desterrado á Valencia.

Fallecido Mir, su hijo habia renovado el juramento de fidelidad al rey godo, como dueño del terreno ocupado por los suevos; empero Audoca, ruñado del joven rey, le despojó del trono obligándole á retirarse

(1) Habiendo sido con relacion á esta fé inscripción siguiente encontrada en la plaza de Sevilla.

INNOCENTIUS
 IMPERATOR
 REVERENDISSIMO
 PATRI ARCHIEPISCOPO
 QUENIPROQUITANO
 BRITANNICO
 BASTAVO GULMORICO
 ISCHITATENSIS
 RECTISSIMO.

El mismo nombre se aplica tambien á otras ciudades.
 Edificado en la ciudad de Cap. (Bisagra) por el duque Tiberio.

(2) Provincia parte ad regnum tribuit. Juan de Bictar y Cristóbal de Jofre, que á su vez.

á un momento, Leovigildo aprovechó este pretexto para entrar en Galicia, y arrojando del trono al usurpador, le obligó á su vez á buscar un refugio en un religioso retiro. El imperio de los suevos pasó desde entonces á ser una provincia dependiente del dominio de los godos, dejando de existir para la historia el año 545.

Durante este año, Hermenegildo que se había concertado de nuevo con los católicos de Valencia, cansado ya de su desacierto y creyéndose á la fuerza para tornar á la lid, renovó su antigua alianza con los de Bizancio, que le enviaron algunos hajtes con tropas; empezó perseguido por el ejército de su padre, y abandonado de los suyos, fué hecho prisionero y encerrado en Tarragona. Allí este desgraciado príncipe, no queriendo acceder á los consejos de los sacerdotes arrianos, negándose á abjurar de su fe, y resistiendo rotundamente á recibir la sagrada comunión de sus manos, fué decapitado en su misma cárcel por orden del rey. Tal fué el trágico desenlace de aquel drama terrible, que aunque ennoblecía entre las densas neblanas de la historia de aquella época, tiene tanta grandeza y esplendor, drama que encierra en su seno el germen de un cambio total en la política y gobierno godo de la España. Hermenegildo á causa de su valerosa resistencia á las inmensas promesas arrianas, fué puesto mas tarde en el catálogo de los santos, venerándose la iglesia como mártir.

Leovigildo, buen rey, pero padre cruel, murió en Toledo en 586. Gregorio de Tours supone que, arrojado inflexible durante su vida, entró en sus últimos días en el seno de la comunión ortodoxa, dejando este buen ejemplo á su hijo Recaredo. Mas como esta suposición no se halla confirmada por documento alguno, no la creemos admisible.

Recaredo había comprendido muy bien que el tronco godo no se adelantaba nunca en el suelo español, si el monarca no participaba de las creencias religiosas de la mayoría de sus súbditos. Desde que los suevos habían abjurado el arrianismo, la fe ortodoxa dominaba no solo entre los indígenas ó primitivos iberos, sino entre una gran porción de godos, haciendo prosélitos hasta en la familia real, cuyos grados del trono se hallaban teñidos con la sangre de un mártir. El catolicismo no era ya para la España una secta ó un partido; era mas bien una segunda nación mas fuerte y unida que la otra en cuyo seno vivía. De estos dos cultos rivales que se chocaban uno á otro, era preciso que uno de ellos quedase vencedor y el otro vencido; y como el ortodoxo era mas antiguo, mas compacto y mas apropiado al clima y costumbres del país, tenía indudablemente mas probabilidades de triunfar. La iglesia católica, que admirable instrumento de organización, se adelantaba ya allí como una sólida base ofrecida al poder real fuerza por fuerza y apoyo por apoyo, mientras que el arrianismo, ese insensato y prematuro de rebeldía de la razón humana, no había hecho, ni podría hacer, como todas las doctrinas prematuras y que solo se alimentan con las pasiones, mas que dar nunca mayor fuerza y valor al dogma que pretendía derribar. Recaredo, pues, sin que tomemos aquí en cuenta su propia convicción, buscó el que mas apoyo le daba, dando así á la España y á su poder mayores elementos de estabilidad y de orden.

Recaredo dedicó los primeros diez meses de su reinado á preparar su pública conversión, de la cual quería hacer, menos un acto de conversión privada, que una acción brillante de reconciliación política. Empezó, pues, castigando con el último suplicio á Sisberto, asesino de su infeliz hermano Hermenegildo, y cuando creyó asaz preparada en su favor la opinión pública, reunió en Toledo un concilio compuesto de los obispos católicos y arrianos para que discutieran libremente sus doctrinas respectivas. Tras largas discusiones y no poco tiempo perdido, Recaredo terminó la disputa, manifestando su voluntad y deseo de entrar en el gremio de la iglesia católica. Reconoció en virtud de esta declaración la igualdad ó consubstancialidad de las tres personas divinas, proclamada en el concilio de Nicea, y exhortó con tanta unison y calor á los obispos arrianos presentes, que todos imitaron su ejemplo, así como los señores que habían asistido y tenían así una dé derecho en la asamblea (1).

▼

Tornemos ahora á nuestro objeto principal.

La iglesia de Valencia había sufrido, como todas, la influencia de la época y el poder del trono: la secta de Ario había conquistado gran número de prosélitos, y los defensores de la fe ortodoxa habían tenido que sufrir persecuciones, humillaciones y destierros. Segun ya hemos dicho, los primeros, patrocinados por Leovigildo y apoyados por sus delegados en el poder, eligieron contra la voluntad de los or-

tododoxos á Muria por jefe de su grey, mientras que los de Toledo que no habían querido adoptar las doctrinas de Ario, unidos con los de Valencia que se mantenían firmes en la fé católica, tomaron por obispo á Vulfigiselo. El gobierno de este duró poco tiempo, agoladas sus fuerzas con las incensables calumnias que derramaban sobre él sus enemigos, perséguído por los auxilios espirituales que daba en su destierro al infortunado Hermenegildo, murió dejando huérfana la dirección de los fieles y en plena posesion del mando y cabeza de la diócesis á su competidor.

Empero con la muerte de Leovigildo las cosas cambiaron de faz. Convocado Murcia como todos los demas prelados de España al concilio de Toledo, para declarar por única sola y verdadera la doctrina del concilio de Nicea, abjuró públicamente sus errores con estas palabras: «Yo Muria en nombre de Cristo, obispo anatematizado por profetas y dogmas de la heregia de Ario, firmo de todo corazón, de mi libre y espontánea voluntad y con mi mano esta pública retractacion, y abrazo y juro defender en adelante los principios y la fe de la santa iglesia católica en quien creo.» Desde esta época, pues, se cuenta á Muria en el orden cronológico de los prelados.

Tambien se encuentra en la lista de los que firmaron los cánones del concilio de Toledo la firma de un obispo de Valencia llamado Celcino; mas como las antiguas crónicas nada nos dicen de él, no le incluímos en el orden cronológico de los prelados de esta diócesis.

Fallecido Muria, se eligió en su lugar á Eutropio, uno de los mas insignes varones que tenia entonces el estado monástico, monje del monasterio sorviano fundado en las inmediaciones de la actual ciudad de Lérida, que perteneció despues á los monjes de San Benito, aunque su primitiva fundacion fué bajo la regla de San Agustín. La prudencia y sabiduria de este prelado consiguieron le restablecieron la paz en los ánimas inquietas, restos todavía de la guerra civil religiosa, al mismo tiempo que con su tolerancia y buen ejemplo dispuso lo que quedaba de las heréticas doctrinas de Ario, que por algun tiempo habían ejercido su absoluto imperio en la valenciana grey. La muerte le arrebató al consuelo de los fieles hacia el año 608 de nuestra era.

Nada se sabe con certeza acerca de su sucesor Morino, sino que fué uno de los obispos que asistieron al concilio tercero de Toledo.

Sucedieron á Martino Muria II en el año 614, y á este Mauriaco en 638; luego Anselmo en 646 que asistió al cuarto concilio Toledano.

Sucedióle Felix IV en el año 656, y á este Suinterio, asistiendo al concilio octavo de Toledo, en el cual se demarcaron mas fijamente los límites de la diócesis de Valencia.

Por muerte de Suinterio recayó la dignidad en Hospital á tiempo que se celebraba el duodécimo concilio de Toledo, y como no pudiese asistir á él á causa de sus padeceres y achaques, delegó en su lugar al obispo Mituro que por sus virtudes y saber llegó á obtener mas tarde la dignidad episcopal.

Vacante la silla de Valencia por muerte de Hospital, recayó el episcopado en Almiró, llegando hasta el año de 685 que por su fallerimiento entraron á gobernar Sármata ó Sarvataño segun algunos, siendo uno de los que asistieron en los concilios 15, 14 y 13 de Toledo; pues al 16 asistió Uvifiselo que había sucedido á aquel en la dignidad y cargo episcopal en el año 695.

Vinon por de Uvifiselo Lupa III, llegando hasta el año infuente y por siempre memorable de 714, en el cual el rey godó D. Rodrigo perdió en las aguas del Guadalquivir su trono y su vida. Con suceso tan desgraciado Valencia, como las demas de España, cayó sucesivamente en poder y bajo el yugo del vencedor.

Empero antes de caer esclava, Valencia quiso mostrarse señora y pelear; los cristianos de la ciudad con su obispo á la cabeza opusieron una resistencia tan heroica como desesperada al indomable orgullo de los hijos del profeta musulman: ni hubo privaciones que no se impusieran, ni empresa arriesgada que no acometiesen, ni desesperado valor de que no hiciesen alarde; hasta que mermadas sus fuerzas y abandonados de todos, se rindieron bajo las siguientes condiciones: 1.ª Que se permitiera á sus habitantes continuar viviendo bajo la ley del Evangelio. 2.ª Que se les permitiera tambien elegir los obispos que fueran de su agrado. 3.ª Que para el sostenimiento del culto y sustento del clero continuara este percibiendo la décima parte de los frutos. Y 4.ª Que se respetarian las propiedades eclesiasticas, iglesias, ornamentos y demas. Accedió á todas estas el vencedor, ocultando su verdadera intención, pues no bien habían ocupado la ciudad, cuando resplandeció de la iglesia mayor para convertirla en mezquita. Los fieles aterrados, pero no por eso desmayados, consagraron como su metrópoli una antigua capilla que denominaban del Santo Sepulcro, hoy da dependiente de la parroquia de San Bartolomé.

Grandes irulaciones acometieron á la iglesia española durante el dominio de los árabes, pero grande fué tambien el celo que despertaron los obispos á qui nos resta encomendada el cuidado de sus alcazaros los reinos. Los prelados de Valencia, desde el año 714

(1) Escudo de Sevilla dice con este motivo: «Recaredon regno est christianus, catholice preloque religiois, et postea ab omni longo dissimulo. Nam que illa religio catholice se habet propositiois, hic fide pua, et paca panchia, hic amorum caritatis, pua impiaus Alitudo; hic gloriatus sancto puaio fieri traditio, mltitudinis.» Juan de Pineda dice tan solo: «Guardate, sacra religio, puaio colligere in- terea, omnia puaio, puaio regno in christiana fidei catholice in fide.»

seguidos y no pocas encarcelados y desterrados, tuvieron diferentes ocasiones de mostrar la pureza de su fe y la constancia en sus doctrinas, que á la par que imponían y exasperaban con sobrada frecuencia á los sectarios del profeta, aseguraban mas y mas en sus doctrinas y ortodoxia á los discípulos de Jesucristo. Así, despues de la muerte de Lupo en 754, tuvieron que sostener grandes debates Felix IV, elegido en 755; *Atcebon* en 772; *Pantoleon*, monge de san Benito, en el mismo año; *Marcelo*, monge tambien de la misma orden, en 794; *Felix V*, en 814; *Juan*, en 832; *Manila*, en 837; *Freatano*, en 856; *Egas*, en 892; y *Egas II*, en 919, los cuales no pudieron impedir, á pesar del tratado de rendición, que muchos de sus diócesanos fuesen cruelmente torturados y sacrificados so pretexto de faltar á las leyes de la morisma, aunque en realidad fuese por el noble orgullo con que proclamaban los principios del catolicismo, y su odio constante contra sus forzados dominadores. Así pues, segun asegura el monge Uxalabonio, continuador del gran cronico de Uherlo, fueron muertos en diferentes años por los árabes muchos cristianos que no quisieron abjurar sus principios y dogmas ortodoxos.

En el catalogo de los obispos de Valencia existe un vacío para la historia desde el año 942 hasta el de 1094, en cuya época no se hace mención de prelado alguno. En este último, y á consecuencia de la conquista de la ciudad, hecha por D. Rodrigo Diaz de Vivar, vulgarmente conocido por el Cid, se nombró por obispo de Valencia á D. Gerónimo Vicecho de Patrágoras, monge, uno de los mas insignes varones que ascendieron á la dignidad episcopal. Francés de origen y de la noble sangre y familia de los Vicechos, vino á España en compañía del príncipe de Toledo, D. Bernardo, cuando volvía de uno de sus viajes á Roma, confiriéndole una plaza de canónigo en la catedral primada.

Unido con estrechos vínculos de amistad con el capitán conquistador, escogióle este por su confesor y gobernador de su casa, y desde entonces participó de su fortuna próspera ó adversa, partiendo tambien con él al destierro que le impuso el rey D. Alonso el VI, mal aconsejado por enemigos ocultos y envidiosos de su valía y poder.

Ganada la ciudad, tomaron ambos posesión de ella, consagrando D. Bernardo de Toledo al D. Gerónimo como obispo de Valencia. Empezó su nuevo cargo purificando las mezquitas y erigiendo algunas de ellas en parroquias, colocando á su frente sacerdotes religiosos, y completando el cabildo de la metropolitana con la eleccion de canónigos.

Durante su permanencia en la ciudad administró el sacramento del matrimonio á las dos hijas del Cid, que casaron por aquel tiempo en primeras nupcias con los infantes de Carrion D. Diego y D. Fernando, mas bien estúpidos de las riquezas del Cid, que por realizar su honra con parentesco de tanto prez: así es que habiendo faltado á su voluntad á sus esposas, y vencidos en el campo, donde se decidieron sus derechos segun costumbres de entonces, con tres soldados del Cid, fue disuelto su matrimonio, y casadas nuevamente por el mismo D. Gerónimo, la Doña Elvira con D. Ramiro, hijo de D. Sancho Garcia de Navarra, y Doña Sol con D. Pedro, hijo del rey de Aragón.

Muerto el Cid, viendo que seria imposible sostenerse contra los continuados ataques de la morisma, que pugnaba sin descanso para volver á posesionarse de aquella rica ciudad, aconsejó el D. Gerónimo á la viuda la desamparasen, y así se hizo, sendo ambos á cumplir la voluntad del héroe difunto, depositando sus restos en el monasterio de S. Pedro de Cardena.

Desamparada la ciudad, volvieron á ocuparla de nuevo los moros, reinando en ella con todo el despotismo musulman hasta la segunda y definitiva conquista por el invicto D. Jaime I de Aragón.

LOS MIQUEL y ROCA.

CARLOTA CORDAY.

(Marta pormenores.)

EL SEMANARIO ha dado ya una biografía completa de Carlota Corday. Hoy presentamos una vista de la casa donde ha nacido, y que hasta aquí ni ha sido dibujada ni descrita de una manera positiva. Añadimos á ella una vista de la casa que habitó hasta su partida para Caen, y algunos pormenores inéditos sobre la niñez de esta jóven tan resuelta, tan hermosa, y tan desgraciada.

...Partí de Argentan para ir á reconocer la esbana donde nació Carlota Corday. No sé que encanto nos induce á visitar los lugares que han habitado los personajes célebres. Parece que se busca en la fisonomía de estos lugares algunos rasgos de la de sus célebres huéspedes. Se quiere descubrir las secretas relaciones que los unen, y ver si el hom-

bre ha marcado su morada con el sello de sus placeres, de sus inclinaciones, de sus costumbres particulares, ó si, por el contrario, los pormenores y la disposicion de esta mansion, los lugares que hirieron primero sus miradas, los paisajes en medio de los cuales vagaron sus primeros pasos, no han podido, ignorándolo ellos, ejercer una secreta influencia sobre la direccion de sus pensamientos, de sus ideas, sobre su vida misma. Ermenouville y Jersey han visto agruparse bajo sus sombras, despues de la muerte de Rousseau y Voltaire, tantos visitantes como durante su vida célebre, á fines del siglo mas positivo y mas escéptico que hubo jamás. Santa Helena, al perder las cenizas del emperador, no ha perdido al amante poderoso que atraía á sus rocas los buques de todas las partes del mundo. Menores glorias, menores recuerdos tienen tambien sus peregrinos. Carlota Corday ha vivido muy poco tiempo: una nube tan densa cubre la primera parte de esta vida de donde debia descender el rayo, que las menores circunstancias presienten, cuando se trata de ella, un interés particular. Confieso además, que la ignorancia en que parece haber permanecido hasta aquí del lugar donde habia nacido Carlota, añada mi curiosidad de reconocerle, á mi deseo de designarle.

La mayor parte de los biógrafos han escrito que Carlota Corday habia nacido en las Ligneries, cerca de Stes. Las Ligneries distan mas de cuatro millámetras de Stes, en el camino de Trun á Vimontiers. Este término se reunió en parte al de Champeaux, y en parte al de Ecorches, treinta años ha.



(Carlota Corday.)

Habia salvado rápidamente las alturas de Villedonnes-Baillois, de donde la historia hace descender á los Baillois, reyes de Escocia: atravesó la vasta llanura amarillenta, en medio de la cual el riachuelo, la Diösa dibuja sus caprichosos giros entre la espesura; la aldea de Trun, cuya iglesia nada ofrece de notable, y por último, emprendí el camino de Vimontiers.

A corta distancia de Trun, me desluxe junto al camino en una antigua quinta que pertenecía en otro tiempo á los moros, y que se llama el Bisson. Es una de esas construcciones tan comunes en Normandía, troneras redondas y ventanas con arcos de piedra que quizá hayan visto la guerra de la Liga: escudo de armas en la fachada principal, con la fecha del año 1695: árboles viejos, fosos profundos, jardines dilatados, caballerizas mas hermosas que la casa. Un pórtico con pasamano de hierro ocupa la parte anterior, y se extiende bajo las ventanas del salon. Algunos ancianos recuerdan haber visto á Carlota jugando con otros niños en el balcón, cuyos juegos eran vigilados desde la sala. Hallábase allí vestida con un traje sencillo de tela encarnada, con los hombros y brazos desnudos, y su larga calledera flotante. Dícese en el país, que solo los peinó á la edad de 14 años; pensar quiere decir en duda risar. Grave y pensativa, se mezclaba poco en los juegos de sus jóvenes compañeros, ó mas bien solo se

mezclaba por capricho con el estrepitoso impetu y maneras imperiosas de un muchacho para separarse muy pronto. En la campiña, su placer era remir bandadas de niños y capitanearlas ó instruirlos. Al abandonar esta casa, aquel pasamano, y aquel pórtico, testigos de sus juegos infantiles, me volví muchas veces. Parecíame entreverla á través del follage, pensativa en el derruido pórtico; el eco de sus alegres gritos sería mi oído á través de tantos años. Posion y quimera sin duda: pero desde este momento, la idea de Carlota Corday no se separó de mí: fué mi compañera fiel hasta el fin del viaje.

Un poco mas allá del Bisson, entré en la casa del alcalde de Ecor-

ches, hoy depositario del registro del estado civil de la antigua parroquia de las Lignerics. Hé aquí la copia que me dió del extracto de la fé de bautismo de Carlota Corday:

«El 28 de julio del año 1768, por nos el infrascrito cura de las Lignerics, ha sido bautizada María Ana Carlota, nacida ayer del legítimo matrimonio del señor Santiago Francisco Corday, hidalgo, señor de Armont, y de la noble señora Carlota María Jacoba de Gotier su esposa, de esta feligresía (1), siendo padrino el señor Juan Bautista Alejo de Gautier, hidalgo, señor de Mesnival; y madrina, la noble señora Francisca María Ana Levallant de Corday.»



(Casa en que nació Carlota Corday.)

Las noticias que me dió el alcalde, y otras que yo recogí durante el viaje, me condujeron, despues de titubear algún tanto, al hogar que buscaba.

Habiendo llegado á la posada llamada Farou, punto culminante de la cadena de colinas que separa el valle de Trun del de Vinoutiers,

emprendí el camino de la derecha, y despues de un cuarto de hora de marcha á través de prados, bosques y campos, llegué al Ronceray, casa donde Carlota había nacido. El Ronceray depende de la porción del término de las Lignerics, reunida á la de Champeaux.

Esta casa se oculta en el fondo de un valle frondoso á la sombra



(Casa en que pasó su infancia Carlota Corday.)

de manzanos elevadas y viejos perales, en medio de un vergel. No se la vé hasta el momento de entrar en ella.

Nada mas sencillo, mas mezquino. Dos piezas había únicamente en el cuarto hájo; paredes enjalbegadas con cal, suelos destruidos, grandes vigas toscamente labradas, una chimenea sin adorno; encima un granero que reemplaza á un alio piso destruido hacia mucho tiempo, y un techo de tejas que reemplaza á uno de paja. Las paredes exteriores son de ladrillo en la parte inferior, y en el resto de madera y

tierra. Nada distingue esta construcción de todas las ruinas esparcidas en los vergeles del país de Auge.

A alguna distancia hay un jardín estenso, rodeado de un cerco de espinos. Dos viejos avellanos, únicos contemporáneos de la niñez de Carlota, la habrán visto jugar á sus pies. Los establos y demás

(1) Las palabras de esta feligresía no se hallan en los copias de esta prensa publicadas hasta aquí.

dependencias están disminuidas en la pradera. En un prado inmediato, tres viejos nogales parecen indicar el sitio de una antigua casa mas importante.

Al lado de la casa se ocultan dos balsas bajo los mimbres y junos, demasiado oscuras para que pueda verse en ellas, como dice Mr. Esquivós, la imagen de la vida de Carlota Corday, «tranquila y pura á la sombra de las ramis, pero turbada mas tarde tan profundamente en sus ideas por el contacto de las revoluciones» (1).

Como quiera que ello sea, en esta miserable cabaña fué donde nació esta jóven singular; á quien su valor y su belleza han absuelto de su crimen, esta sobrina que el gran Corneille, adoptó por hija; esta hija de romana en un cuerpo emancipador, Carlota Corday ha corrido por estas yerbas, cogido estas flores, dormido bajo estos árboles. Allí fué donde hizo, en un estado casi indigente, el primer aprendizaje de la vida. Este limitado horizonte encerró sus primeras ideas, sus primeras sensaciones. He cumplido mi peregrinación.

El Ronceray pertenece hoy al señor Lannay. Hace tanto tiempo que salió de la posesión de los Corday, que apenas los recuerdan los habitantes del pais.

Carlota, muy jóven aun, la abandonó para ir á habitar, con sus parientes, el que se llamaba sin fundamento alguno castillo de Glagugny.

Este pretendido castillo solo es una casita situada en el término del Meril-Imberf, á un millímetro próximamente del Ronceray. Allí se hallaba el antiguo palomar donde Carlota instruyó á los años, M. Corday era el menor de los hermanos, y por consiguiente nada rico. Había con su familia en la campiña todo el año, Carlota Corday quedó jóven aun á su madre. Abandonó entonces á Glagugny para ir á habitar á Caot, en la abadía de las Señoras, que solo abandonó en el momento de la revolución.

En Glagugny, por lo demás, como en Ronceray, nada vió á Carlota Corday, nadie puede hoy dar pormenores sobre su vida, su carácter y sus costumbres: ¿Por qué fué á Mars? Porque Mars había hecho morir á su hermano; hé aqui lo que contestan los labriegos. La historia es ya leyenda, porque los hermanos de Carlota Corday habían emigrado y vivían en el mes de julio del año 1793. ¿Cuál fué el sentimiento del pais cuando se supo su muerte? Muchos la compadecieron, porque era una *volunta jóven*; solo los *mal intencionados* la condenaron. El sentimiento general, hablando de ella, es un sentimiento de *admiraçión y de respeto*.

Carlota Corday murió á los veintiocho años, en toda la flor radiante de su juventud y de su hermosura; por lo mismo permanecerá perpetuamente jóven y hermosa en la historia. Verásela siempre con la frente pura, la expresiva mirada, los labios de coral y desdenosos, las mejillas encendidas por la colera contra Mars, llená de álvex en el tribunal revolucionario y de pudor en el cadalso. Sugérennos ahora que hubiese podido salvarse por medio de la fuga, que el tribunal se hubiese enmendado conduciéndola solo á galera perpétua, que un nuevo Thermidor la hubiese arrebatado al verdugo, que viviese todavía... Carlota Corday tendría hoy mas de setenta años; sería esta quizá una mujer anciana y fea, de color subido, casada, arrugada, caprichosa, pegada á sus criadas y acovachando á su perro. Advéntase de su gloria, ó lo que es mucho peor, se hubiera envenenado de ella. Hubiera visto condenar á uno de sus sobrinos en Argentan, muy próximo á su casa comun; hubiera oído mil voces chillonas que discaban su grande accion como se discen un malver, sin poder hallar en él ni apoderarse del alma invisible; hubiera debido inclinarse bajo el peso de las circunstancias atenuantes que la hubieran impuesto los mas justos de sus jueces. El hecho muerto paubtinamente, y será mas apreciable morir como lo ha hecho, al sol de la historia, no lejos del cadáver de Mars.

Termino publicando una carta inédita de Carlota Corday, dirigida á un cierto M. Le Caballer, de Caot, y conservada por M. Vantier de la misma ciudad, en su rica coleccion. M. Le Caballer habia dirigido cartas á la hija de Carlota Corday. Conservo la ortografía.

«No puedo, caballero, manifestaros mi reconocimiento por la obsequiosa carta que me habéis dignado escribir con el título de *Muy amada*, cuando aun participo los aplausos y homenajes que ha producido á su autor aunque desconocido, porque he llegado con dificultad á saber á quien deba estar agradecida. Nada describe mejor nuestros sentimientos que estos versos tiernos. Os ruego, caballero, esteis persuadido de mi reconocimiento y de los sentimientos respetuosos con los cuales soy de la hija de la *Muy amada*, la muy humilde y obediente servidora.

CORDEY.

19 de setiembre.

DOLORES.

CAPITULO VII.

SEIS AÑOS DESPUES.

El castillo de Castro-Xeriz, en que fundaba su título D. Diego Gomez de Sandoval, adelantado de Castilla, no era de las innumerables moradas feudales de que sembró la edad media el suelo de la Europa en arquitectura indicha á primera vista una obra de los romanos, y los restos que aun subsisten prueban la gran solidez de construcción, que caracteriza á los edificios del mencionado origen. En aquella imponente fortaleza tuvo Julio César, segun aseguran algunos, un punto de apoyo cuando la guerra contra los vándalos; segun otros, fué la defensa que expreso se formó aquel grande hombre en sus luchas con Pompeyo. Lo que se sabe con mas certeza es que en ella gimieron victimas del rigor de D. Pedro de Castilla, dos desventuradas princesas (1), y que en épocas posteriores sirvió algunas veces de teatro á magnificas fiestas de poderosos magnates, porque situada á siete leguas de Burgos, y dominando la antigua villa cuyo nombre tomó, pareció digno punto de reunion á los nobles de aquella comarca, que debían á su valimiento la honra de preparar allí suntuosas cocenas y espléndidos banquetes. Los villanos del contorno conservaban por largo tiempo los recuerdos de aquellos regocijos, por la liberalidad que solian usar sus señores en tales ocasiones, y por las iniquísimas muestras que dejaban por lo comun de la irresistible fuerza de sus ganados criados.

Pero en 1451, que es la época de que vamos á hablar, hacia seis años que no alteraba nada la magestuosa calma del soberbio castillo, residencia habitual de la noble señora doña Beatriz de Avellaneda, esposa dignísima del primer conde de Castro.

Desde que el cielo le arrebató su hijo, se habia hecho insostenible para aquella dama la tumultuosa vida de la corte, y pocos dias despues del triste suceso á que hemos aludido, se le vio regalar en interminable dolor entre los espesos muros de aquel vasto edificio, que no abandonó desde entonces por mas que se empeñaron en arrancarla de su soledad los deudos y amigos á quienes apenas justamente prolongado retiro. Profundo era el aislamiento en que vivía allí la desdichada madre: no admitía visitas; no conservaba de su numeroso servidumbre sino á la dueña Mari-García, y á la doncella Isabel Pérez, y resistia vez alonzaba el alcaide de la fortaleza la alta honra de presentar sus respetos á la augusta señora, que ni aun á su capellan recitaba en las habitaciones que ocupaba, limitándose á oír la misa, que hacia celebrar los dias de fiesta en su capilla particular, desde una elevada tribuna cerrada por espesas rejas.

Las circunstancias de ser el capellan lejano deudo suyo, y el estado un servidor antiguo de su casa, no eran parte á que depusiese la condesa su sistema de absoluta reserva. El ministro de los altares se resignaba á ella, y Rodríguez de Segóvinda (que era el atrio mencionado), no parecia admirado por los mas singulares caprichos de aquella ilustre hembra, á cuya familia habia consagrado su vida desde los años mas tiernos, sirviendo largo tiempo de escudero á D. Juan de Avellaneda, por recomendacion del cual alcanzara mas tarde el honroso cargo que en 1451 desempeñaba lealmente.

El mismo conde de Castro y los hijos que le eran tan amados, se hallaban incluidos en la general proscripción. Doña Beatriz habia declarado que todos, sin escepcion, debían respetar su retiro, hasta que atemendo su dolor se hallase capaz de volver á la sociedad de las personas queridas; y aunque seis años transcurridos no hubiesen causado en el espíritu de la dama modificación alguna, el cumplimiento y respeto con que se sometia todavia al rígido decreto de una separacion indefinida, contentándose con escribir largas y cariñosas cartas en que agotaba su elocuencia para persuadir á su esposa de la necesidad de que se terminase pronto tan dolorosa ausencia.

Doña Beatriz, empero, no vedía jamás: su sombría y taciturna tristeza se esquivaba del influjo poderoso del tiempo, cobrando cada dia mas grave y adusto aspecto; mas no era por cierto extraordinaria aquella especie de misantropia en una pobre mujer que en solos seis años habia perdido sucesivamente una hija adorada en la aurora de la juventud; un hermano querido, en toda la fuerza y lozanía de la edad, y un sobrino lleno de porvenir y esperanzas, citado ya en lo mas florido de su vida como ejemplo singular de caballerescas virtudes.

Don Juan de Avellaneda y Gutierrez de Sandoval habian sobrevivido poco tiempo á la malograda Dolores. Murió el uno casi de repente en los dias en que se regocijaba con la halagüena esperanza de ser un breve padre, y el otro sucumbió en un torneo, á manos del Alvaro de Luna, condestable de Castilla. Circunstancia era esta que parecia creada expreso para mas aminorar el reciproco aborrecimiento que, sin

(1) Señoras Carlota Corday, pag. 19.

(1) Doña Leonor, madre del infante don Juan de Aragón, y Doña Isabel Ximénez de Lara, esposa del mismo.

causa aparente hasta entonces, dividía ya á los condes de Castro y á los de Santisteban, desde el funesto suceso que declaró tan inopinadamente el enlace convenido entre aquellas dos casas poderosas.

Don Alvaro, aunque se mostró apenado, cual era natural, por aquella gran desgracia, cobró desde entonces manifiesta aversión á la infeliz familia á quien mas directamente lastimaba, ya fuesen aquellas disposiciones un caprichoso efecto de su disgusto al verse contrariado por la suerte en uno de sus mas declarados deseos; ya naciese en el fondo de su alma alguna horrible sospecha que no quiso nunca comunicar con nadie. Como quiera que fuese, no eran indispensables secretos motivos para explicar la ofensa del condestable contra el adelantado, y la exacta correspondencia que no tardó en encontrar; pues bastante causa se juzgaba la respectiva posición de aquellos magnates y el estado de las cosas en aquellos tiempos de parcialidades y revueltas.

El uno de ellos continuaba ejerciendo esclusivo dominio en la voluntad del rey; el otro estaba unido estrechamente á D. Juan de Aragón, ya rey de Navarra, que era entonces la principal cabeza del bando descontento, empeñado en hundir la escandalosa privanza del condestable.

Aquella facción poderosa que ponía espanto á D. Juan II, pero que no atreviase á disminuir su ciega deferencia por D. Alvaro ni la arrogancia de éste, había logrado atravesar á sus intereses al monarca aragonés D. Alonso V, y se jactaba con razon de contar en sus filas á los mas ilustres magnates castellanos.

Vencida una vez la potencia real, se había visto obligado el soberano valido á dejar por algún tiempo la corte; mas su breve destierro solo sirvió para proporcionarle nueva ocasión de triunfo, porque las discordias y rivalidades que inmediatamente sobrevinieron entre sus ambiciosos adversarios, ansioso de heredar cada cual esclusivamente el favor de que querían desposeerle, contribuyeron no poco á facilitar al soberano la vuelta de su favorito, que presente como presente continuaba siendo constante y único objeto de su cariño y confianza. El mismo rey de Navarra, el mayor y mas temible enemigo de D. Alvaro, cooperó entonces, según pública voz, á su regreso á la corte, ya fuese en venganza de los que osaban disputarle el derecho de sustituirle en el ánimo de D. Juan II, ya que desconociendo de lograrlo, quisiese ganarse por aquel medio el afecto y la gratitud del rey de Castilla y su privado. El resultado, empero, no correspondió á sus esperanzas; si tales concibió, pues restituido el condestable á su antiguo poderío, se cuidó poco de los buenos ólmos del nuevo rey de Navarra, obligándole mal su grado á marcharse á sus estados y á no mezclarse en cosas de los agenos. Igualmente hizo alejar de su augusta favorito á cuantos personajes se habían mostrado contrarios, ó siquiera indiferentes á sus intereses particulares, haciéndose entonces, mas que nunca, ostensible su orgullo y absoluta su autoridad.

El vengativo D. Juan tornó, como era consiguiente, á entenderse en secreto con aquel altanero advenedizo, y no tardaron en declararse abiertamente las hostilidades de Navarra y Aragón contra Castilla, que encerraba en su propio seno no pocos enemigos de la misma causa que debía defender. Era uno de estos D. Diego Gomez de Sandoval, que á fuer de ardiente amigo del monarca navarro, necesitó sin duda toda su lealtad de súbdito del castellano, para limitarse á una aparente neutralidad que no siempre supo conservar, y que nunca le pareció sin embargo el suspirar condestable.

No entra por cierto en nuestro plan el trazar en este corto episodio del revuelto reinado de D. Juan II, un cuadro exacto de aquellas luchas escandalosas que llegaron á encender la guerra entre tres estados de la península española, cuyos reyes estaban enlazados por estrechos y respetables vínculos; solo diremos lo que á nuestro objeto conviene, y es que D. Diego Gomez de Sandoval perdió la gracia de su rey y fué considerado por D. Alvaro de Luna como uno de sus mas irreconciliables enemigos.

En el año de que hablamos al comienzo de este capítulo, una traza que varios sucesos hicieron indispensable, suspendió felizmente las hostilidades entre los tres reinos; pero el conde de Castro no se había resuelto, sin embargo, á presentarse en la corte, continuando retirado en una de sus villas, y únicamente ocupado como ya dijimos, en escribir largas cartas á su dolida consorte, en solicitud de una reunión que todavía retardaba la adusta y misantropica amargura de aquella mujer extraordinaria. El tiempo que había atenuado con un irresistible poder la desolación del padre, parecia impotente contra la tétrica tristeza del alma de la madre, aunque entre aquellos dos individuos no fuese el mas tierno y apasionado el que aparecía. Entonces mas constantemente sensible.

Algunas semanas habían pasado sin que la castellana de Castro-Vecz recibiese misivas de su esposo, y ya comenzaba á inquietarla tan desusado silencio, cuando un día se vio turbada de pronto la silenciosa calma de su retiro con la imprevista llegada de aquel personaje. Tan pronto se hallaba la condesa de imaginar como posible se-

guiente infracción de sus severas ordenes, que el adelantado se instaló en el oratorio antes de que se repusiera la que lo habitaba de su modo y estremada sorpresa, que parecia mezclarse con alguna turbación. El conde, siempre cortés y suave con la que era objeto de su invariable ternura, se apresuró á calmarla.—Perdonadme, Beatriz mia, le dijo cuando se vieron solos: os he desobedecido y leo en vuestro semblante que dais harta gravedad á mi disculpable falta; mas espero desengañaros completamente al hacerlos saber las poderosas razones que me han obligado á venir sin vuestro permiso.

—Don Diego, contestó la dama, con visible alteración en el acento vibrante de su imperiosa voz: cualesquiera que sean las causas que os hayan traído, urgo que no prolongareis vuestra permanencia en este vasto sepulcro en que os he rogado me dejéis sumida con mi perpetuo dolor. Os debéis á vuestra patria, á vuestra familia, cuyo honor, nunca mancillado, os toca abrillantar con ayesos timbres; pero yo nada tengo que hacer en el mundo, y solo ambiciono y os pido la soledad y el descanso.

—Los tendreis, mi querida Beatriz, repuso el conde; pero no podéis ya buscarlos en estos sitios. Es absolutamente preciso que abandonemos á Castro-Vecz esta misma noche: no existe seguridad para nosotros cerca del rey de Castilla. Estoy en completa desgracia, y no hay tiempo que perder si hemos de gozarnos á cubierto de los golpes de su enojo, que atiza muy diligente el conde de Santisteban.

—¡El conde de Santisteban! exclamó la condesa; ¿siempre ese hombre! Y bien! ¿añadió despues de un minuto de pausa: ¿qué queja tiene de vos el condestable de Castilla? ¿No estuviérais pronto á calzar con la saya vuestra estirpe? ¿No os echárais, por satisfacer su ambiciosa vanidad, aquel honor que hubiera sido público y eterno; si la muerte no interpusiera para impedirlo su rigoroso decreto?

—En nombre del cielo, dijo el conde; no mencionéis sucesos que son harto dolorosos para ambos. Pluguiese á Dios que á precio de la ligereza que me echais en cara, se hubiese podido rescatar la preciosa existencia que al acabar se llevó consigo toda la felicidad de la vida!

Calló un instante para sobreponerse á su emoción, y luego prosiguió:

—Don Alvaro de Luna jamás leyó en mí un partidario, ni pudo esperar su demencia; mas parece que el infuente acontecimiento, á que habeis aludido, encendió mas nuestros odios recíprocos, y en razón á él, pudiera presumirse al observar su declarada saña, que quiere vengarse en mí de la Providencia que desbarató sus planes. Durante la guerra con Aragón y Navarra he puesto en práctica cuanta prudencia era posible en mi comprometida posición; pero no obstante, el condestable de Castilla me infama en la corte arrodillada de rebeldes, y el rey D. Juan II me arma lazos para perderme. Con pretexto de consultarme sobre el pensamiento que tiene de declarar guerra á los moros de Granada, háme enviado á llamar por dos veces; y cartas que he recibido al mismo tiempo, de personas que me son afeadas, me han advertido que se está tramando mi ruina, y que si no presento en la corte algún preso inmediatamente.

—No debéis presentaros, contestó con resolución doña Beatriz Marcha á Navarra y dejadme el cuidado de justificaros. Haré el sacrificio de abandonar mi retiro: iré á la corte; hablaré al rey.

—Nada lograrais con ello, mi buena esposa, replicó tristemente Sandoval. El rey no tiene oídos sino para D. Alvaro de Luna, y apenas sea conocida tal ausencia de Castilla se aprovechará ese prefecto para encasarse y despojarme de mis fortalezas. En esta posesión no puedo consentir en dejarme solo, espuesta á las insultas de un bando furioso, y á las injusticias de un príncipe, ciego instrumento suyo.

Doña Beatriz se turbó visiblemente con esta insistencia de su esposo, y casi consternada exclamó:—Pero yo no puedo ir tan lejos... no puedo absolutamente.

—¿Cuáles, pues, el obstáculo que hallais? dijo sorprendido el conde Espinosa, Beatriz, porque comienza á encontrar sobrada misteriosa y singular la conducta que observais conmigo.

La condesa, mas y mas desconcertada, articuló balbuciente algunas frases sin sentido, y creyendo á medida de aquel embudo manifiesta el descontento y la esteñez del conde, fué á expresarlos sin dudar en términos amargos, cuando se vino percibir leve rumor de cercanas pisadas, y casi instantáneamente el de una puerta que se abría con precaución á espaldas de la condesa. Volvió ésta la cabeza con estremecimiento involuntario, plantándose en su rostro inescrutable suso, de tal modo, que llamando la atención de sus ojos, siguió inquisitivamente con los suyos la direccion de sus ojos. Mas solo vió á Isabel Perez que, asomándose por la puerta entreabierta, miraba á su señora un gesto significativo, que tuvo, según todas las apariencias, el poder de calmar su inesplicable ansiedad; pues aunque al momento desapareció la doncella sin preferir palabra, la condesa se encerró á su quarto con aspecto mucho mas tranquilo y afortunado, olvidándole al mismo tiempo:

—Creo conveniente á vuestros intereses que yo permanezca en Castilla algunos días mas, y os empeño mi palabra de seguirlos muy pronto, si no consigo justificarnos con el rey. Partid vos con nuestros hijos, don Diego; poned en seguridad vuestra persona: mas antes descansad algunas horas cerca de vuestra esposa, y aceptad de su mano un corto refrigerio.

El conde, pasmado de cuanto observaba desde su llegada al castillo, guardó un instante silencio, y rompiéndolo bruscamente, en el momento en que se levantaba su mujer para ir á dar las disposiciones necesarias al obsequio con que le había brindado, exclamó con amargura:

—¿Estáis, pues, determinada á no acceder á mis ruegos? ¿Persistís en quedaros, despues de haberos asegurado que vuestra intercesion no tendréis ninguna favorable éxita?

—Os he prometido reunirme á vos en cualquier parte en que os halléis, respondió la condesa, pero no saldré del castillo sin haber intentado el defenderlos: confundiendo á nuestros enemigos.

—¿Y si yo os prohibo tan inútil como peligrosa defenza? replicó enojado el conde: ¿si yo os mando acompañarme, terminando de una vez la caprichosa separacion á que me tenéis condenado hace seis años?

—No os juzgo capaz de emplear la fuerza para arrancarme de este asilo, dijo doña Beatriz sin alterarse, y solo por medio de ella podríais conseguirlo.

El conde, despechado, detuvo á su mujer que iba á dejar la estancia, y pronunció entre triste y colérico: —Pues bien, quedaos en buen hora, y continuad á vuestro placer la extraña conducta que os habéis propuesto. Parto inmediatamente para alcanzar á mis hijos, que me llevan dos horas de ventaja, pues quiero que entremos juntos en Nájera, que es el punto á donde por de pronto me encamino. Recibid mi despedida, Beatriz, y por si no volvemos á vernos, sabed que os perdono cuanto sufrir me haceis, y que os agradezco siempre los días venturosos que en otro tiempo me disteis.

Hizo una reverencia á la dama concluyendo esta frase, y tomando á caballo su espada salió precipitado del aposento.

Resuelto estaba á abandonar el castillo sin mas demora, y con tal intencion atravesaba aceleradamente una de las galerías, llamando á grandes voces al alcaide para comunicarle sus órdenes, cuando le salió al encuentro la dueña Mari-García, á la que no habia vuelto á ver desde la muerte de Dolores. Tan flaca y cadavérica se encontraba despues de aquella época la desgraciada vieja, que apenas pudo reconocerla el conde. Ella debió observarlo, y se apresuró á decirle: —Soy Mari-García, señor D. Diego; ó mejor diré: soy un lastimoso resto de ella, que está reclamando el sepulcro. Díos sin embargo, en su lábil piedad, no ha querido apagar la última chispa de vida que queda en este cuerpo ruinoso, sin concederme antes el consuelo de ver á vuesa merced y pedir de rodillas su perdón.

—¿Mi perdón! exclamó el conde: ¿pues en qué me habéis ofendido, pobre anciana?

—Yo lo diré todo, pronunció Maria echando en derredor una mirada recelosa; todo! Pero estoy temblando de miedo: me espian, señor,.... me temen! La condesa me mataia si me viese hablando con vuesa merced. En nombre del cielo no dejéis este castillo sin darne tiempo á que os revele el cruel secreto que atormenta mi alma. Os interesa en sumo grado conocerlo.

—¿Un secreto! replicó el adelantado, tembándole ya los labios: ¿un secreto de mi mujer!

—Ogo pasos; dijo la vieja con estrema zozobra: huyó... huyó de aquí, señor! pero no olvidéis lo que os he dicho: no me dejéis morir con un atroz secreto encerrado en el alma.

Apenas dijo esto, huyó la vieja, como lo habia indicado, dejando atónito á D. Diego, y casi al instante mismo entró por otro lado la condesa, que seguía á su marido, apenas sin duda por la manera fria y amarga con que termináran aquella entrevista, despues de seis años de separacion dolorosa.

—¿No os detendréis siquiera algunos minutos para tomar un refrigerio? dijo cariñosamente á su esposa.

—Si: contestó el conde todo inmóvil; si: descansaré un rato... debo hacerlo, pues lo queréis. Mandad que me dispongan un lecho, lejos de vuestro aposento... para no molestarlos. Necesito dormir un poco.

—Antes, espero que me haréis en la mesa compañía, tornó á decir la dama.

—Despues... despues de que repose algunos instantes, replicó don Diego tartamudeando. Ahora estoy quebrantado: me siento malo.

El semblante demudado del conde daba tan evidentes muestras de la verdad de lo que decía, que doña Beatriz, atribuyéndolo todo al disgusto y enojo que le habia causado negándose á seguirle en su fuga, redobló las demostraciones de cariño, y le condujo por sí misma á la pieza de aquel departamento del castillo en donde se le dispuso la cama. Sirvióle en seguida por su propia mano un vaso de vino con panetelas, y encargándole que se acostase y procurase dormir, lo dejó

solo. Ya comprendió el lector cuán imposible era que cesase D. Diego del reposo que lecia anhelar y que le destacaba su esposa. Las misteriosas palabras de la dueña excitaban en su corazón sentimientos que le eran desconocidos hasta entonces: La virtud de doña Beatriz y la confianza en ella que habia sabido inspirarle, le preservaron constantemente hasta del menor asomo de colos; mas de improviso, y á pesar de sus propias convicciones, asaltaba aquella pasión tirana el desahogado pecho del adelantado, causándole tan gran perturbacion y tan violenta ansiedad, que llegó á imaginarse imposible el soportarla sin morir. Apenas se encontró solo, comenzó á recorrer á largos pasos la espaciosa estancia en que se hallaba, revolviendo entre sí mil conjeturas ideas á cual mas disparatadas, y con tales gestos de dolor y calas, que lo hubiera tomado por demente cualquiera que lo hubiese visto durante aquellos momentos de indescribible agitación. Parálase, empero, de vez en cuando, y prestaba silenciosamente el oido al mas leve rumor que imaginaba percibir, esperando que la dueña viniese á buscarle para darle la esplicacion de sus singulares anhelos; mas cuando pasó media hora sin que nadie apareciese á disipar ó á confirmar sus recelos, no pudo contener mas su dolorosa impaciencia, y abriendo de súbito la puerta, se lanzó fuera del aposento y comenzó á andar sin saber adónde, pero animado con la esperanza de encontrar á Maria, que acaso estaria acechando la ocasion de hablarle. Desierta estaban las varias piezas que recorrió en un momento; parecia que todos los moradores de aquella parte del señorial edificio se habian hecho invisibles, y el conde, cuya anhelante impaciencia iba creciendo de punto, á medida que se prolongaba, se decidió ya á llamar á la dueña en altas voces rompiendo toda clase de miramientos, cuando pasando cerca de una puerta que se encontraba cerrada, le pareció que oía hablar detrás de ella, y prestando mayor atención, no le quedó duda de que habia gente en aquella cámara. Aplicó el oido con profundo silencio, y pudo distinguir las siguientes palabras, que parecían pronunciadas de intento para llevar al último extremo los penosos sentimientos que atormentaban su alma.

(Concluído).—G. G. DE AVELLANEDA

San Juan de Villatorrada.

San Juan de Villatorrada es un pequeño lugar de Cataluña situado al pié de los Pirineos. Lo que mas llama cerca de él la atención son los montes que van asomándose despues de pasada la villa de Ripoll, hácia el Norte, mayormente el Puigmal, que parece el gigante de muchos cuantos haya podido ver el viajero en toda la Península.

Las dilatadas praderas que se encuentran en el término de Campdevanól, seguramente son de lo mas hermoso que hay. El camino que sigue constantemente la orilla izquierda del Tréser ofrece unas perspectivas encantadoras. Se pasa este río en el puente de la Calera, y entonces el viajero lo lleva á su mano derecha.

Desde ahora es preciso dejar á un lado la naturaleza, para detenerse á considerar los monumentos del arte. Lo primero que se ofrece á la vista es un trozo de camino escabado en una prolongacion de peñasco, parecida en esta parte al que se encuentra en Galicia, construido de orden de Trajano que llama *Los coños de Lorenzo*.

En este paraje se hallan unas como fajas de peñas que á primera vista parecen unos diques para detener el enorme peso de los montes: en una de estas fajas ó listas, y cuando la peña llega á su mayor espesor, es en donde se encuentra una grandísima cortadura, por la cual pasa el camino que conduce á la villa de Ribas. Como una hora antes de esta villa, y tocando casi al mineral de aguas, tan saludables y conocidas en Cataluña, es en donde se encuentran *Las Cuevas de Ribas*. Son estas cuevas unas habitaciones antiquísimas construidas en la peña á entrambos lados del camino. Conduce á ellas una entrada tan angosta, que no admite sino una sola persona á la vez. Si algun viajero intenta introducirse en alguna de ellas, la oscuridad, el miedo y el terror que le causa, le priva el gusto de poder ver aquellos sepulcros construidos para los vivos. Su situacion es muy melancólica y fúnebre, á una elevacion estrordinaria del camino, y casi perpendicular á él, se ven unas mezquinas ventanas que corresponden á las entradas que llevo dichas. Siguiendo con la vista la prolongacion del peñasco se notan á alguna distancia del camino las mismas ventanas hechas en malecones de piedra formados en las aberturas de las peñas. Todo lo cual induce á creer que estas miserables moradas han sido algun dia habitacion de un pueblo desgraciado, que en tiempo de alguna persecucion ha buscado su asilo en aquel espantoso lugar.

En la época de los árabes, tomadas las ciudades de Gerona, Manresa y Noya, se vieron los flejes y valientes catalanes precisados á refugiarse á los montes de Ripoll, allá á principios del siglo octavo, segun parece, y Tendria nada de extraño que este notable silo fuese otra segunda Covadonga, á donde se refugiase algun D. Pelayo catalán?